

Volumen XVI.—Septiembre 1.º de 1921.—Número 158.

REVISTA
del
COLEGIO MAYOR
de
Nuestra Señora del Rosario

—•—
Publicada bajo la dirección
de la Consiliatura



Nova et vetera

BOGOTA
IMPRENTA DE SAN BERNARDO
MCMXXI

REVISTA

del

Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Bogotá, Septiembre 1.º de 1921

CONTENIDO

En el cuarto centenario de la conversión de San Ignacio.....	R. M. CARRASQUILLA.
El lenguaje popular y el erudito.....	MANUEL G. REVILLA.
In mezzo dil camin.....	NICOLÁS BAYONA POSADA.
Depaso por la montaña.	GUSTAVO ATUESTA.
La traducción.....	JUAN C. GARCIA.
A mi madre.....	AUGUSTO MARTINEZ M.
Programa para la enseñanza del latín...	J. M. RESTREPO-MILLAN.
A San Ignacio de Loyola.....	JOSÉ JOAQUÍN CASAS.
Perfiles de antaño.....	IGNACIO CARRASQUILLA.
Un cementerio de insectos.....	ARISTIDES ROJAS.

EN EL CUARTO CENTENARIO DE LA CONVERSION DE SAN IGNACIO

(Para la velada en casa de los Padres Jesuitas)

Excelentísimos e Ilustrísimos señores:

La gracia, enseña santo Tomás de Aquino, no destruye la naturaleza, sino la perfecciona; ni la reemplaza, antes bien se sirve de ella como de dócil instrumento. Por tal motivo, los predeterminados a una elevada santidad reciben de Dios excelsos dones en el orden natural. Todos los hombres somos idénticos en esencia, y nos distinguimos unos de otros en virtud del elemento material a que, substancialmente, se halla unido nuestro espíritu; y así como no hay dos cuerpos totalmente iguales entre sí, tampoco existen, ni han existido dos almas en todo y por todo semejantes. Adviértese, de manera especial, esta variedad en los santos; porque la virtud, al purificar y ennoblecer los atributos de una criatura, los acentúa y los individualiza. Compárese la

caridad impetuosa del apóstol san Pedro con la suave llama que ardía en el pecho del discípulo amado de Jesús; la ciencia de san Isidoro de Sevilla, con la ignorancia literaria de san Isidro Labrador; la regia pompa del rey san Fernando, con la abyección voluntaria de san Pedro de Alcántara.

Cada rostro humano tiene ciertos rasgos peculiares que no permiten confundirlo con otro alguno y constituyen la fisonomía del individuo. Las condiciones intelectuales y morales forman, en conjunto, aquella fisonomía del alma, que se llama el carácter, sello indeleble, personal, impreso por Dios en el espíritu, al momento de crearlo. El carácter se modifica, se corrige, se perfecciona, pero no se arranca ni se borra; es, por una parte, el cimiento sobre el cual se edifica el templo de la virtud o la pocilga del vicio, y es, por otra parte, el motor que nos conduce por el ancho camino que lleva a la perdición, o por el empinado y fragoso sendero de la bienaventuranza. Pero, bueno o malo, el hombre es siempre el mismo que salió del seno de su madre.

Cuando Dios, con uno de los mayores prodigios de su omnipotencia, convierte un pecador en santo, no le tuerce la índole, no le arrebatada las inclinaciones nativas. Tenemos un elocuente ejemplo en el célebre profesor de Cartago, Aurelio Agustino, extraviado intelectualmente por la herejía, moralmente depravado por el abuso

de los placeres sensuales, pero ávido siempre de verdad, sediento de indestructible amor. El Padre celestial principió por desengañarlo de los errores maniqueos; lo alzó en seguida a las regiones del espíritu, con la lectura de Platón; y, mediante los sermones de san Ambrosio y el estudio de la Escritura sacra, lo convenció de la divinidad del dogma católico. Y con la fe le infundió una caridad tan radiosa, tan impregnada de dulcedumbre, que, para Agustín se destiñeron todas las bellezas terrenales y se tornaron amargos todos los goces del sentido. Tan cierto es lo que os digo, que años después el santo doctor, generalizando lo que a él mismo le había acontecido, explicó lo eficaz de la gracia por el atractivo con que solicita a la voluntad; y adujo la frase del poeta latino: *trahit sua quemque voluptas*.

La Providencia dispuso las cosas de otro modo en el caso de Iñigo de Loyola, como lo había hecho, siglos antes, con Saulo, el perseguidor de los cristianos. Junto estos dos nombres, porque nunca he leído la conversión de san Ignacio o meditado en ella, sin que acuda a mi fantasía la imagen excelsa y sobrehumana de san Pablo. Ambos fueron hombres de recia condición, caracteres retemplados en la fragua de encendidas pasiones, esquivos a blanduras, irreductibles por mimos y caricias; de suerte que el Señor hubo de derribarlos materialmente al suelo y revolverlos en el polvo: al uno con un rayo; al

otro, con una baía de cañón, para sacarlos apóstoles del género humano, sin más límites que la redondez del planeta; vencedores de la sinagoga, el paganismo y la herejía.

Hasta aquí llegan las semejanzas; las demás condiciones de los dos convertidos son, no sólo diversas, sino contrarias.

Fue Saulo tan puro de costumbres, que, cuando ya santo, recomendaba en sus epístolas la virginidad, se presentaba a sí mismo como modelo de aquella magnífica perfección; y no se lee que estuviese manchado por codicia de riquezas, ni por ambición de honores y de fama. Su enfermedad moral consistió en el orgullo de raza, una de las formas más agudas de la soberbia; en el fanatismo anticristiano, el más violento de todos los fanatismos; en el odio, la más dolorosa de las úlceras del alma. A tal punto habían llegado estas pasiones en Saulo que, siendo fariseo, ciudadano romano y letrado insigne, es decir, perteneciendo a la nobleza judaica, a la aristocracia romana, y a la del genio y a la de la ciencia, solicitó y obtuvo la plaza de criado de los verdugos que lapidarón al protomártir san Esteban.

Camino de Damasco, el Señor lo fulmina, lo postra, le paraliza todo movimiento, lo deja ciego. Nada menos se necesitaba para doblegar aquella voluntad. Dios mismo le habla, porque el mancebo no habría escuchado ninguna otra voz,

ni aun la de un ángel: «Saulo, Saulo, por qué me persigues?» La réplica ya está impregnada de respeto: «Señor, quién eres?» «Soy Jesús de Nazareth, a quien persigues.» Y, para hacerle sentir la impotencia humana ante la voluntad divina, agrega Cristo: «Duro es para ti coclear contra el aguijón.» En ese instante, el lobo convertido en cordero, el perseguidor en mártir, el fariseo en apóstol, pregunta: «Señor, qué quieres que haga?»

Ignacio de Loyola nunca perdió la fe, ni vaciló en ella siquiera, y la tenía tan arraigada en lo hondo, que por defenderla contra el sarraceno, con gusto habría sacrificado la vida. Pero, aunque de clarísima inteligencia, casi nada sabía de lo que no fuera el oficio de las armas, y se había dejado contaminar de los vicios corrientes entre los militares de alcurnia de aquellos tiempos: el juego y los galanteos menos honestos; riñas, duelos y violencias; y hervía en su pecho la ambición insaciable de honores y de gloria, y la de cumplir proezas que oscurecieran el nombre de los más ínclitos guerreros. «Soldado ignorante y desgarrado,» lo apellida fray Luis de Granada.

Herido y prisionero, devuelto hidalgamente por sus vencedores al solar paterno, Ignacio de Loyola, para ocupar las horas larguísimas de la convalecencia, pide libros de caballerías, deseoso de mantener encendido el ánimo con hazañas de

mentiras, mientras llega el tiempo de continuar realizándolas de veras. Y aquí empiezan los pasos de la Providencia para hacer llegar la lumbre y las mociones de la gracia al espíritu del bizarro militar. En vez de lo que reclamaba, dánle la Vida de Jesucristo y de los santos y, contra toda expectativa, lee y relee con interés y agrado los pasajes de mayor momento, y los considera y los medita y, con aquel su conato natural a vencer imposibles, se pregunta: lo que hicieron Francisco y Domingo, ¿no lo podría hacer yo? Ascendiendo del pensamiento al deseo, decíase: ¡si yo hiciese lo que Domingo y Francisco! Formaba entonces planes imaginarios para emular y, si posible fuera, dejar atrás a los dos ínclitos fundadores. Tan loables propósitos alternaban con las viejas aficiones, y soñaba despierto con asedios y batallas campales, en que él solo desbarataba y ponía en rota los escuadrones enemigos, a los fieros mandobles de la espada o a los botes terríficos de la lanza. ¿Cuál de los dos opuestos caminos sería el suyo? Aquí se pusieron al servicio de la gracia la poderosa inteligencia analítica de Ignacio y el sentido práctico que no lo abandonó jamás. Advirtió que, después de acariciar las quimeras mundanas, se quedaba con el corazón inquieto y desabrido; al paso que los anhelos de santidad le causaban suavísimo contento y una perfecta paz; y fué inclinándose más y más a donde el espíritu de

Dios le llamaba, hasta que una noche, después de recreado con una visión celestial, dejó el lecho y, postrado en tierra, ofreció a su Salvador Jesucristo consagrarle la existencia entera. Este fue el momento preciso de la conversión de san Ignacio, cuyo cuarto centenario celebran este año los jesuitas, y con ellos todos los católicos del orbe.

¡Qué mudanza tan portentosa! Sale Ignacio, como el patriarca Abraham, de su patria, y de su parentela y de la casa de sus padres, para emprender a pie, descalzo, con la cabeza descubierta, largas peregrinaciones. Ha trocado los suntuosos vestidos, correspondientes a su elevado linaje, por una sotanilla negra, raída, remendada y ceñida con una cuerda; y va por esos caminos, viviendo de limosna, de la santa limosna, que fomenta la caridad en quien la da, y la humildad en quien la pide. Ni es la única humillación que busca Ignacio: se le verá, en Barcelona, sentarse entre chiquillos a aprender, en la escuela pública, los rudimentos de las letras; alegrarse de que le azoten en presencia de los estudiantes en la universidad de París. Castiga los placeres sensuales de otro tiempo con ayunos y asperezas dignos de los antiguos cenobitas de la Tebaida; y arde en tan vivas llamas de caridad que el universo viene estrecho a su celo, y anda siempre con la cabeza levantada y los ojos clavados en el cielo, como tratando de traspasar el velo del firmamento que le ocultaba el

rostro de su amado. Descubre, ayudado de Dios, un método de oración, maravilla de perspicacia psicológica y, por lo mismo, al alcance de los más rudos y noveles, y con él se encumbra a las alturas más sublimes de la mística y se anticipa, en ocasiones, a Santa Teresa misma.

Todo se trocó en Ignacio, menos el carácter, *el yo*, como diría un filósofo alemán. Había aspirado a fama imperecedera, y la suya aventaja a la de todos los personajes de su siglo; a conquistar ciudades y provincias, y se apoderó de media Europa, y de la India, antes envuelta en el misterio; y del imperio del sol naciente, y del mundo occidental descubierto por Colón. Siguió mandando una compañía, pero no de los tercios de Carlos V, sino la Compañía de Jesús. Le había agitado el anhelo de ser general, y general fue nombrado por el Vicario de Jesucristo. Continuó espoleando a Ignacio, con redoblado ardor, el apetito de gloria, mas ya no la suya, sino la de Dios, que él legó como lema a su instituto, como grito de guerra a sus valientes soldados.

Os decía que el centenario que estamos festejando interesa, después de los jesuítas, a los católicos del universo entero; y añadido ahora que importa, de modo particular, a los que tenemos en las venas la sangre, en los labios el habla, en el corazón las tradiciones de España. San Ignacio es la cifra, el símbolo vivo del carácter, de las egregias condiciones de la gente española,

en aquella edad de oro en que brillaron Isabel y Cisneros, Carlos V y Gonzalo de Córdoba, Felipe II y don Juan de Austria, y en que a las glorias militares se agregó el esplendor de las letras y las artes, de Garcilaso a Quevedo, de Murillo a Velásquez.

Fue la nota principal de aquella raza su adhesión a la fe católica, que era la forma substancial de la nación, la razón de todos sus actos, el interés supremo de la monarquía. La toma de Granada, la conquista de América, las guerras de Flandes fueron impulsadas, ante todo, por móviles religiosos. Consintió España en que le arrebataran la primacía entre los estados europeos, en perder provincias y reinos, en ver mermados su agricultura y su comercio, con tal de conservar, sin una sola grieta, el edificio de la unidad católica. Y no era un catolicismo mezclado de doctrinas nuevas y de prácticas exóticas, sino el de Roma, el de la Sede apostólica, el de Cristo.

A esto agregaban los españoles la magnanimidad que los llevaba al heroísmo, acompañado de la desidia en darlo a conocer y de la parsimonia en premiarlo. Agregaré cierto género de noble desprecio por las riquezas y las comodidades. Verdad es que a muchos de nuestros conquistadores los impulsaba también la codicia del oro, pero con el fin de disiparlo, no con el de esconderlo; y si la prodigalidad es vicio abo-

minable, es pecado de almas generosas, en tanto que la avaricia no se alberga sino en pechos ruines y mezquinos.

¿No observáis cómo, al bosquejar en cuatro rasgos las relevantes cualidades de los españoles del siglo XVI, me ha resultado un perfil de San Ignacio de Loyola? Fundó él una nueva orden, no con el fin primordial de santificar a los religiosos, ni para cuidar a los enfermos, o recoger a los huérfanos, sino para ser una milicia, defensora de la Iglesia católica. Para vincular a sus discípulos a la Sede Apostólica con indisoluble nudo, les impuso el cuarto voto de obedecer al Romano Pontífice, yendo a donde él los envíe, en el ejercicio de las misiones evangélicas; y tan hondo les infundió el espíritu de Roma que, en todo tiempo, pensar con los jesuitas ha sido señal indudable de la más pura ortodoxia. Deben ellos aceptar, para la divina gloria, todos los sacrificios, inclusive el de la vida; y en cambio se les veda reclamar estipendio por las funciones del ministerio sacerdotal, y admitir dignidades eclesiásticas.

A todos los católicos del mundo, sin distinción de nacionalidades, razas y lenguas, interesa el presente centenario. En tres ocasiones me ha correspondido la satisfacción y el honor de pronunciar, desde el púlpito, el panegírico de san Ignacio y de su Compañía: la primera vez, hablé de su apostolado; la segunda, de su labor edu-

cadora; la tercera, de los Ejercicios espirituales. No tengo voluntad de repetirme. Ni hace falta tampoco; porque en los edificantes sermones de los pasados días, en los elocuentes discursos de esta velada, se ha tejido una corona digna de la Compañía de Jesús y de su incomparable Fundador.

Me preguntaréis ahora: ¿acaso los jesuitas son los únicos en militar bajo las banderas de Cristo? Sin duda ellos forman la división de vanguardia; pero sigue el grueso del ejército, con centenares de millones de guerreros, y detrás se hallan las reservas, en que formamos los soldados menos diestros y animosos, quebrantados además por la fatiga y por los años. En la batalla que se está librando, tienen que entrar en acción todas las fuerzas, y a ellas pertenecen los católicos todos, sin distinción de edades, condiciones y sexos. No hay neutrales en la presente guerra: con Satanás o con Cristo.

¡Oh Jesús, maestro y padre y amigo mío! Contigo y por ti; en pos de las huestes del capitán Loyola, te ofrezco luchar hasta el postrer aliento.

R. M. CARRASQUILLA

Rector del Colegio del Rosario.

Bogotá, 15 de agosto de 1921.